

tificaba. Asi habla el ministro de Inglaterra.

Todo esto parece anunciar para la Francia el tercer cambio de dinastía. Las circunstancias son las mismas que cuando las dos primeras. En el siglo XIX como en el X y en el VIII, quedan herederos directos y legítimos de la dinastía precedente. En 1852 el heredero de los Borbones reclama contra la elección de Luis Napoleon Bonaparte, lo mismo que el heredero de los Carlovingios reclamaba en el año 987 contra la elección de Hugo Capeto. Uno y otro reclamante son personalmente intachables. En 987 Carlos, hermano del rey Lotario y tío del rey Luis, decia al presidente de la Francia electoral: « Todo el mundo sabe que por derecho hereditario debo yo suceder á mi hermano y á mi sobrino: » *Omnibus notum est jure haereditario debere fratri et nepoti me succedere.* En 25 de octubre de 1852, Enrique, nieto del rey Carlos X, reclama casi en los mismos términos, pero con mas estension, la sucesion hereditaria de la monarquía francesa; sucesion hereditaria que hace remontar á mil y cuatrocientos años.

Los socialistas hicieron tambien reclamaciones, pero furibundas. En ellas reconocen que Luis Napoleon habia sido elegido emperador por el clero, por la magistratura, por el ejército, por el pueblo; pero al pueblo le tratan de rebaño y á los otros de picaros. Por lo que hace á Luis Napoleon, todos le condenan al puñal del asesino ó á la cuchilla del verdugo. Una de estas abominables predicaciones que trata de rebaño, ó mulo de reata, al pueblo, y que esto no obstante está dirigida al pueblo, lleva la firma de Victor Hugo, cristiano que fué en otro tiempo y realista. Estos documentos prueban por lo menos una cosa, á saber: que los revolucionarios, los socialistas de 1852, no eran el pueblo, ni el ejército, ni la magistratura, ni el clero de Francia.

No ha llegado todavia á ese punto la Alemania, porque la Alemania no es todavia una; pues hay una Alemania católica y una Alemania protestante. La Alemania católica, como la Francia, conserva en sí el remedio á todos sus males; este remedio es la verdadera fé, la fé que salva; es la union con la verdadera Iglesia, con la verdadera sociedad de Dios y de los hombres, con la Iglesia romana. Con este remedio, por grandes que sean los males, jamás son incurables. Por el contrario, la Alemania protestante lleva en sí el principio del mal, el principio de la anarquía, con la aversion del remedio; ella no es protestante sino en tanto que protesta contra la Iglesia romana, contra la verdadera Iglesia, contra la verdadera sociedad de Dios y de los hombres, contra la verdadera fé que esta Iglesia enseña. El único principio comun á la Alemania protestante es que no se debe ser católico y que cada cual no tiene mas regla que á sí mismo.

Una vez bien comprendida la diferencia fundamental entre el catolicismo y el protestantismo, es fácil de explicar la historia pasada y presente de la Alemania.

El 24 de febrero de 1848 habia estallado la revolucion en Paris, y en los dias 13 y 14 del siguiente marzo estalló á un tiempo en Berlin y en Viena. En Berlin, el rey protestante ó revolucionario de Prusia se aprovechó de la ocasion para proclamar el restablecimiento del imperio y de la unidad de la Alemania y ofrecerse á ser su jefe. Su pretension desagradó á los otros príncipes, pues cada cual de ellos queria seguir siendo amo de su casa.

Mas como la Alemania aspira radicalmente ó en el fondo á ser una, se reunió para complacerle una Dieta general en Francfort, la cual nombró un vicario general del imperio luterano llegaba el momento de tener un

emperador titular. Este parlamento germánico fué, como el protestantismo, una alternativa de sí y de nó, del pró y del contra, y acabó por aquel axioma protestante: lo mismo es algo que nada. Por lo demás, la Prusia tuvo harto que hacer en su propia casa para mantener su propia unidad contra sí misma. Otro tanto sucedia á los demas gobiernos protestantes.

En medio de esta anarquía universal, nacida de los principios mismos del protestantismo, se ven aparecer los primeros rayos de una nueva aurora, los primeros rayos del retorno de la Alemania á su verdadera y antigua unidad. El socialismo, que no es mas que el protestantismo político, halla una simpatía natural entre los sectarios del filosofismo alemán, que no es otra cosa que el protestantismo, pero sin la Biblia. Llamamos filosofismo á esa anarquía de la inteligencia humana, en la que nadie reconoce otra regla ni juez que á sí mismo; por manera que el sí y el nó, algo y nada vienen á ser una misma cosa. Cuando, pues, en 1848 estalló la revolucion social ó antisocial en Prusia, lo mismo que en los países de Baden, de Wurtemberg, de Hesse y en otras partes, los alumnos de las universidades y escuelas protestantes se declararon generalmente en favor de la revolucion y contra los gobiernos. Los pastores protestantes, que se dicen ministros del Santo Evangelio, guardaron en general una prudente neutralidad, un prudente silencio entre el orden y el desorden, entre el gobierno y la rebelion. Los católicos, al contrario, obispos, sacerdotes, y simples fieles se declararon generalmente por la causa del orden y de los gobiernos. Asi los soberanos protestantes, ilustrados con esta esperiencia, concedieron generalmente alguna mas libertad á los católicos, y permitieron á los sacerdotes católicos-romanos, aunque fuesen ligorianos ó jesuitas, pre-

dicar retiros espirituales y misiones en las ciudades y en las aldeas para atraer las poblaciones al espíritu de paz y de concordia, al respeto de la propiedad y de las personas. El éxito de estas misiones tan antiguas y tan nuevas fué asombroso y lo estodavía. La fé, la piedad, y el celo de las buenas obras vuelve á florecer entre los católicos y atrae la admiracion de los protestantes honrados, y aun entre ellos se nota un movimiento extraordinario, pues se ven ruidosas conversiones, sobre todo en las clases distinguidas y que saben reflexionar. Una condesa de Hahn, célebre en el mundo literario por su ingenio, por sus talentos y por sus notables escritos, no solamente se hace católica y publica los motivos que á ello la impulsaron, sino que viene á Francia y entra en Angers en el noviciado de las religiosas del Buen Pastor. Considerando un periódico protestante de Mecklemburgo todas estas conmociones que trabajan á la sociedad humana, no ve para ellas otro remedio para la Alemania protestante que el retorno á la Iglesia católica, y termina su artículo con estas palabras: « Asi pues, adelante, á Roma! »

Hasta entonces los pastores protestantes se habian estado quietos; pero cuando vieron el maravilloso influjo de las misiones católicas, no solamente sobre los católicos, sino hasta sobre los protestantes, temieron verse abandonados de su grey, y así resolvieron ellos dar tambien misiones, y para preparar mejor su resultado se reunieron en conferencias. La principal parte de sus deliberaciones fué la ordinaria alternativa de sí y no, del pró y del contra, y su resultado fué el axioma final del protestantismo « lo mismo es algo que nada. » El caso es que en vez de hacer misiones, lo que hicieron fué intrigar cerca de los gobiernos para impedir que las hiciesen los católicos. Y en esta parte no fueron del todo perdidas sus intrigas, pues el duque protestante de Mecklemb.



burgo prohibió á un señor protestante del país, que se habia convertido al catolicismo, tener en su casa á un sacerdote católico; y el gobierno prusiano, arrepiñéndose de su momentánea benevolencia para con los católicos, pareció querer volver de nuevo á la persecucion. Nada pues tendria de extraño que la Providencia descargase nuevos golpes para enseñar la justicia á los príncipes alemanes.

Cuando en 1848, el rey protestante de Prusia se anunció como emperador de la Alemania protestante, creia favorable el momento. Y en efecto, la Alemania católica, en particular la dinastía imperial de Lorena-Austria, parecia hallarse en el mayor apuro. En Italia, era la guerra, la insurreccion triunfante al mando del rey Carlos Alberto, del Piamonte; en Hungría, era la insurreccion triunfante de la aristocracia maggyar, bajo la direccion del protestante Kossuth; en Viena, era la insurreccion triunfante de los estudiantes y de los ciudadanos volterianos; y estas insurrecciones patentes, y las sociedades secretas que son su foco, hallaban dinero en la bolsa de los judíos que lo prestaban gustosos á los rebeldes y á los príncipes para con unos y con otros enriquecerse á costa de las calamidades públicas. Para aumento de dificultades, el emperador Fernando cede el imperio á su sobrino Francisco José, de 18 años de edad. En estos apuros, el Austria ofrece al rey Carlos Alberto una porcion considerable de la Lombardia á fin de poder reunir todas sus tropas contra la insurreccion de Viena y la de Hungría. El rey piemontés, que aspiraba á la conquista de Lombardia y aun á la de toda Italia, no accede á la oferta propuesta por un soberano, de sus parientes; y poco despues pierde la batalla de Novara, y el Austria conserva todas sus posesiones de Italia y además una fama de constancia y de valentía que vale mas que todas esas posesiones. Reprime ade-

más en su capital la insurreccion de los estudiantes y de los ciudadanos volterianos, que parecian dominados por los judíos; en Hungría, ayudada por un ejército ruso, logra vencer completamente la insurreccion de la aristocracia maggyar, uno de los gefes de la cual, el general Behm, va á Turquía á hacerse musulman. Aun no es esto todo. El jóven emperador Francisco José hace una conquista todavia mas gloriosa. En un viaje por entre los lombardos, los venecianos, los dálmatas, los croatas, los válacos, los transilvanos, los húngaros, los polacos, los bohemios, los moravos etc., se capta el afecto de todas estas poblaciones diversas, las cuales se unen nuevamente en un solo imperio en su persona. Y el Austria, que poco antes parecia estar en la agonía, se levanta mas potente y gloriosa que nunca. Y el resto de Alemania comienza á recordar que allí está su verdadero centro político, su verdadera unidad nacional; allí, en esa antigua dinastía de Habsbourg-Lorena, dinastía siempre católica, siempre íntimamente unida á la sociedad viva de Dios y de los hombres, á la santa Iglesia romana.

Y despues de tantas pruebas y revoluciones, los tres príncipes jóvenes al par que católicos, Fernando, rey de Nápoles, Francisco José, emperador de Austria, y Luis Napoleón, emperador de los franceses, parecen anunciar á la Iglesia su madre dias de triunfo y de consuelo; y no solo los anuncian, sino que los preparan.

Hace dos siglos que despues de una guerra de treinta años vimos á toda la Alemania, desgarrada por el protestantismo en dos ó tres girones sangrientos, la Alemania católica, la Alemania luterana, la Alemania calvinista, reconciliarse provisionalmente, ínterin se llegaba á una reconciliacion mas perfecta y mas íntima en la antigua union y unidad. Hemos

visto en las mismas actas de la pacificacion de 1650 estas cláusulas notables: «Hasta que por la gracia de Dios se llegue á un acuerdo acerca de las disidencias de Religion (1); Hasta que las controversias de Religion se terminen por medio de una composicion amistosa y universal de las partes (2); Hasta que se determine y acuerde de otro modo acerca de la Religion cristiana (3); Hasta la conciliacion cristiana de las disidencias de Religion (4). Y si, lo que Dios no permita, no se pudiera venir á un acuerdo amistoso acerca de las disidencias religiosas, no por eso dejará de ser perpétuo este convenio y de durar siempre esta paz (5).» Estas cláusulas y estos votos, en que no se fija bastante la atencion, representan el tratado de Westfalia como una pacificacion nada mas que transitoria y preliminar de una paz definitiva, la paz y la union de los ánimos y de los corazones en la misma fé, en la misma esperanza y en la misma caridad. En esto es en lo que de una y otra parte deben de trabajar todos los hombres de bien.

Desde hace dos siglos, hemos visto á varios particulares de Alemania, mas no á gobierno alguno, trabajar en esta reconciliacion final de su patria consigo misma; antes por el contrario hemos visto á Federico de Prusia predicar la impiedad y la inmoralidad, sembrar á manos llenas en su familia y en su reino los gérmenes de anarquía y de destruccion; y al mismo tiempo hemos visto al emperador José II embrollar, por sus innovaciones indigestas, irreflexivas y revolucionarias, á la Iglesia con el imperio, como si hubiera tenido prisa para hacer perder á su familia

la Bélgica, la Lombardia, la Toscana, la Hungría, y además el Austria. Los años de 1830 y de 1848 han hecho ver que de resultas de esa política anti cristiana y anticatólica la Alemania entera no tiene ya base; que una chispa llegada de Paris por el camino de hierro puede ponerla en combustion, y que muy pronto no tendrá ya mas apoyo que la lanza del cosaco.

El jóven emperador Francisco José lo ha visto bien de cerca y parece haberlo comprendido. ¡Ojalá sepa aprovecharse de ello y entenderse con el Gefe de la Iglesia de Dios para la regeneracion de la Alemania católica!

En la Alemania hay que distinguir tres cosas: el pueblo, el clero y los gobiernos. A pesar de las seducciones y aun á veces de las persecuciones de sus gobiernos; á pesar de la negligencia y alguna vez de la culpable connivencia de varios de sus obispos y de sus sacerdotes, el pueblo católico de Alemania ha conservado la fé y la piedad. El pueblo es quien hizo retroceder ante una apostasia completa á los malos clérigos de Baden y de Wurtemberg. Bajo el nombre de pueblo comprendemos á los seglares de todas clases y condiciones; entre otros al conde de Stolberg, digno hijo de su digno padre, que con su actividad y su celo continua el inmenso bien que su padre comenzó con su *Historia de la Religion de Jesucristo*. Mas de una familia noble presenta así apóstoles legos para cooperar á la regeneracion próxima y aun presente de la Alemania. La literatura y la ciencia, que son la nobleza del espíritu, no se quedan atrás de la nobleza de alcurnia. Hemos visto á Goerres, padre, marchar al frente del movimiento católico cuando la persecucion prusiana contra el arzobispo de Colonia, y vimos luego á Goerres, hijo, seguir dignamente las huellas de su padre hasta su muerte en este año de 1852.

(1) *Instrument. Ornat.*, art. 5, §. 14.

(2) 25.

(3) 31.

(4) 48.

(5) 14.



Entre estos apóstoles legos del catolicismo en Alemania el principal es Francisco José Busz, del país de Baden, del cual conocemos entre otros los dos escritos siguientes: 1.º *Asociación católica de la Alemania*; 2.º *Reforma necesaria en la instrucción y en la educación del clero católico secular de Alemania*. El autor, hasta ahora consejero áulico del gran duque de Baden, ha sido individuo de la Asamblea nacional de Francfort para la reconstitución de la unidad alemana. En el prefacio de su *Asociación católica* se espresa así: «El año 1848 nos ha mostrado que nosotros, los alemanes, no podemos descansar confiados en nuestros recursos. La diplomacia, lo mismo que la burocracia, son y siguen incurables. Sí, nuestra miseria es grande: es la disensión de los buenos, la unión de los malos. La guerra revolucionaria de 1848 y de 1849 fué una guerra de principios, pero sin salida; fué comprimida, mas no terminada; continúa antes bien encendiéndose bajo las esteroidades que la cubren; el infatigable volcán trabaja entre la nación, no solo desde 1848, sino desde hace tres siglos. El negar las leyes y los principios mismos del derecho, no es mas que la forma exterior de nuestra enfermedad; la esencia de esta es el reniego de Dios y de su santa Iglesia. La revolución es apostasía, la desunión de la nación es cisma, la anarquía es ateísmo. Todo el que, como yo, ha visto de cerca las negociaciones públicas de la Alemania, sabe que la lucha política era en el fondo desde hace mucho tiempo, particularmente desde los tres últimos años, una lucha de las confesiones religiosas. Semejantes evoluciones del mal tienen una vida, aunque no sea mas que la de la disolución; nacen una de otra, y de cada vez mas cortantes y mas cortadas. Lo digo con la mas profunda tristeza: la lucha política de los partidos se convierte al fin en guerra civil, la

guerra civil en guerra de Religión, y esta en guerra de la incredulidad contra la fé, del Anticristo contra Cristo; pero Cristo triunfará tambien entre nosotros como vencedor del infierno.»

En este estado de cosas nuestro primer deber es la unión católica. Únase estrechamente la iglesia germánica á la cátedra apostólica y deponga para siempre toda pretensión á ser una supuesta iglesia nacional. El episcopado germánico sea por su espíritu y por su acción un cuerpo en la nación, un cuerpo solidario de sus actos y de sus padecimientos; tienda á la completa libertad de la Iglesia; pero para obrar, para formar un clero ejemplar en los pequeños y en los grandes seminarios y en las instituciones superiores. Ejérzase el pueblo en todo género de obras de caridad á fin de hacer fructificar de nuevo cristianamente todos los campos de cultivo. Cristianizar de este modo la vida entera de la nación es el trabajo de una asociación laical que comprenda á los católicos alemanes. De ahí las asociaciones de Pio IX fundadas y propagadas en toda la Alemania, principalmente por el señor Busz. El vocablo de Pio IX que han tomado indica bastantemente su espíritu. Su objeto general es secundar á los obispos y á los sacerdotes en todo lo que puede mejorar las costumbres y la educación, aliviar las miserias humanas, restablecer la libertad y los derechos de la Iglesia, y hacer penetrar el espíritu de fé hasta en las ciencias, en las artes y en los oficios. El libro del señor Busz refiere cuál era en 1831 el estado de estas asociaciones y lo que restaba por hacer. Ellas siguen prosperando y engendrando otras asociaciones parecidas. Así el presbítero Kolping, vicario de la catedral de Colonia, ha fundado en esta ciudad una asociación de compañeros católicos para pasar cristianamente juntos sus horas de ocio y perfeccionarse

así en los conocimientos convenientes á su estado, en lugar de perder su tiempo, su dinero y sus costumbres en las tabernas. En el mes de agosto de 1852 se contaban ya veinte y cinco ciudades de Alemania en las que se hallaba establecida esta asociación de obreros.

En Francia hay establecimientos análogos. En Nancy el presbítero Harmand, vicario de la catedral, ha fundado una casa de aprendices de la ciudad. En ella viven los jóvenes; pero por la mañana van al taller del maestro que se les ha escogido y vuelven á la hora de comer y de cenar; tienen todos los días dos horas de clase en que se les enseña á leer, escribir, contar y dibujar; asisten juntos en los domingos y fiestas á los oficios divinos, y juntos toman sus recreaciones y paseos. Cada domingo se examina públicamente la conducta de cada uno durante la semana, con arreglo al certificado que dá el maestro en cuya casa trabaja, y al testimonio que dan los inspectores que no le pierden de vista. Si los testimonios son favorables tres domingos seguidos, el aprendiz se hace entonces vocal del jurado á quien se consulta para apreciar la conducta del que ha de ser examinado. Si los testimonios son buenos diez domingos seguidos, entonces su nombre se escribe en el cuadro de honor y se ponen para él quince francos en la caja de ahorros, y desde entonces son ya mirados como inspectores naturales de los otros. Los que han acabado su aprendizaje pueden seguir viviendo en la casa pagando una módica pensión y poniendo en la caja de ahorros lo que les queda de lo que ganaren. De este modo pueden irse formando un capitalito, que junto con su buena reputación les proporcionará el medio de establecerse mas ventajosamente. La obra está presidida por una junta voluntaria de fabricantes, de comerciantes y otras personas notables, que parece adoptan á los aprendices como si

fuera otra familia suya. Muchas veces hemos asistido á sus exámenes del domingo, y cada vez nos hemos enternecido, al ver la bondad, la dulzura, la paciencia de esos hombres del mundo en instruir, reprender, estimular y alabar á aquellos chicos, de los cuales unos han sido colocados allí por su propia familia, otros por personas caritativas, y aun algunos recogidos en las calles por la junta. Esta obra de humanidad cristiana establece entre la clase artesana y la clase mas rica un espíritu de confianza y de afecto recíprocos, desconocido en el mundo mucho tiempo há. ¡Ojalá que este ejemplo tenga imitadores en todas partes!

En Alemania lo que mas falta hace y con lo que todo marcharía bien, es lo que el señor Busz señala en su volumen de *la Reforma necesaria en la instrucción y en la educación del clero secular en Alemania*. En Francia hay los pequeños y grandes seminarios, con arreglo al Concilio del Trento, en los cuales son recibidos los muchachos que presentan sus padres cristianos con el certificado de su cura, y de año en año, de estudio en estudio, los van llevando hasta el sacerdocio bajo la exclusiva dirección del obispo. Nada mejor; solo faltan á la Francia algunas universidades católicas, instituidas y bendecidas por el Vicario de Jesucristo, para coronar el conjunto de todos los estudios cristianos y adiestrar al clero católico romano como á un ejército colocado en orden de batalla que tiene centinelas en todos los puestos y armas contra todos los enemigos.

En Alemania no hay pequeños seminarios bajo ninguna forma; hay algunos ensayos de grandes seminarios, y hay seis universidades católicas de origen y de nombre, pero protestantizadas de hecho. Cuando la Alemania católica se conmovió al ver la persecución que sufría el arzobispo de Colonia, permanecieron mudas las universidades que se dicen cató-



licas; cuando el episcopado alemán levanta la voz para reclamar la libertad de la Iglesia, mudas permanecen también las universidades que se dicen católicas. Su constitución ya no es católica, sino protestante; ya no están bajo la autoridad de la Iglesia, sino bajo la del gobierno, ó mas bien bajo la de una burocracia protestante y revolucionaria. Así en el país de Baden, en la universidad de Friburgo que se dice católica, hemos visto al decano de la facultad de teología, que era sacerdote, apostatar y casarse públicamente. La casa de Baden, hoy protestante, era poco há católica; y no parece sino que, como Juliano el apóstata, arde en deseos de arrastrar á su apostasia á la población entera. Dos terceras partes de esta son católicas, la otra es protestante; pero esta minoría protestante y revolucionaria, inclusa la casa reinante, oprime constantemente á la mayoría católica; es una persecución permanente. A la mayoría católica, compuesta de mas de ochocientos mil almas, no se la permite tener siquiera un pequeño seminario para la educación de su clero, y de esta se encarga la burocracia protestante y revolucionaria. ¿Con qué éxito? Hélo aquí: Cuando en 1848 estalló en Baden la revolución, los alumnos del colegio teológico, seminario de la burocracia ministerial, tomaron las armas y se unieron á los cuerpos francos para hacer la guerra á su soberano y á su patria. Este colegio no es ó no era en el fondo mas que un cuartel, donde los alumnos se presentaban á las horas de comer y de dormir. Toda la parte que en el colegio tenía la Iglesia católica se reduce á que la burocracia gubernamental permitía al arzobispo de Friburgo hacer en él algunas visitas al año; lo cual venia á ser un nuevo insulto. Otro tanto sucede con un instituto semejante en Tubing para el reino de Wurtemberg. Ni en el uno ni en el otro hay nada absolutamente

que sea educación, ni disciplina, ni piedad eclesiásticas.

Por otra parte, en las escuelas medias ó de segunda enseñanza, en los gimnasios, en las universidades, viviendo mezclados los alumnos del santuario y del altar con los aspirantes á la prédica protestante, asisten á las mismas clases y tienen los mismos profesores. Diríase que los profesores de Alemania, aun entre los católicos, ya no ven ni sienten la diferencia enorme, incalculable, entre el protestantismo y la fé cristiana, entre el protestantismo y la Iglesia católica.

El protestantismo es una religión que no tiene altar, ni sacrificio, ni sacerdocio, ni sacerdote, ni dogma que creer, ni moral que practicar; en una palabra, es una religión que no es religión. En ella el individuo en particular puede tener opiniones mas ó menos honrosas; pero en la agregación protestante no hay un solo punto de dogma ni de moral que sea obligatorio en virtud del protestantismo. Así se dice que el ministro protestante es un hombre vestido de negro que sube todos los domingos al púlpito para decirnos cosas honestas. Lee y estudia la Biblia, como puede leer y estudiar á Ovidio y á Petronio porque no está obligado á creer en ella como en un libro divino. ¿Cómo, pues, ha de ser permitido asimilar y aparear al sacerdote católico con ese hombre del siglo que se llama ministro protestante? . . . . .

Como Jesucristo, el gran sacerdote, con él, en él, y por él, el sacerdote católico es á la vez sacerdote y víctima, sacrificador y sacrificio, para gloria de Dios y salvación del mundo. A esta asimilación, á esta identificación con el sacerdote Eterno, debe la educación clerical preparar al sacerdote católico con el retiro, con la oración, con la meditación, con la frecuencia de Sacramentos, con la práctica de las virtudes cristianas y sacerdotales.

El objeto de su educación es hacerse como otro Jesucristo. Tal es el espíritu de la Iglesia y de su gerarquía; es decir, de su santa subordinación de ministerios.... En cuanto á su instrucción, al conjunto de las verdades que debe conocer y enseñar, el sacerdote católico las halla en su Iglesia, y no en otra parte; y esa Iglesia tiene por maestro á Jesucristo, al mismo Dios.... Y las enseñanzas de Dios las ha resumido la Iglesia en un acto de fé, llamado Símbolo de los Apóstoles, que es el compendio de lo que el sacerdote católico debe de enseñar á los hijos de la Iglesia y defender contra sus enemigos. Este es el objeto de los continuos estudios del sacerdote católico, el cual halla sus reglas en las decisiones de los Papas y de los concilios, y su desenvolvimiento en los Santos Padres y doctores aprobados por la Iglesia.

Se ve pues que hay una distancia infinita entre la Iglesia católica y el protestantismo, entre el sacerdote católico y el ministro protestante. La Iglesia católica hace la educación de la humanidad entera, del conjunto de todas las naciones y de todos los hombres; el protestantismo deshace lo que la Iglesia hace. El sacerdote católico es la personificación de la sociedad de Dios con los hombres; el ministro protestante no es en el fondo mas que un profesor de anarquía. Por consiguiente, en el interés de todos los reyes y de todos los pueblos, en el interés de la humanidad entera, está que los sacerdotes católicos sean educados católicamente en la doctrina, en la moral, en la disciplina, en el espíritu de la Santa Iglesia católica apostólica romana y que á lo sustancial de las ciencias humanas junten no solo lo sustancial, sino los desenvolvimientos y esplanaciones de las ciencias divinas.

Hasta ahora dos son los países católicos en que sea completo el conjunto de esta educación: la Bélgica y la Irlanda. Allí como en

Francia y en Alemania hay familias cristianas que ofrecen sus hijos cristianos á la Iglesia, como en otro tiempo la madre de Samuel ofreció á este en el santuario de Silo. La Iglesia de Dios recibe estas primicias de las familias y las educa con maternal solicitud en sus seminarios menores y mayores. En Bélgica y en Irlanda hay ó habrá además una universidad católica en donde la porción escojida del clero podrá estudiar mas á fondo el conjunto católico de todas las ciencias divinas y humanas, á fin de que cada nación contribuya de una manera mas inteligente y eficaz á esa grande educación, á esa grande civilización católicamente humanitaria que la Iglesia romana preside.

La Iglesia católica es un templo mucho mas grande y rico que el de Salomón; es un templo vivo é inmenso que no tiene otros límites que los del mundo. La Iglesia romana es su parte superior, su cúpula; las naciones cristianas son sus columnas: una columna en que domina el espíritu de vida y de inteligencia se coloca de suyo bajo la bóveda y en su lugar, para sostener con mas gracia, fuerza y gloria la bóveda, la cúpula y todo el edificio. La Francia lo entendía en otro tiempo, cuando cada una de sus provincias con sus numerosos concilios y sus universidades realmente católicas, en particular la universidad de París, parecían otras tantas columnas vivas sobre las que la cúpula se apoyaba gustosa. Pero desde hace unos dos siglos la Francia ha perdido su inteligencia de antes. La universidad de París, en otro tiempo tan católica, la Sorbona, en otro tiempo tan romana, todo esto no es ya mas de una ruina de donde salen fétidos olores. En 1682 la Francia teológica, y hasta la Francia episcopal, en vez de seguir siendo columna viva en la casa de Dios, se dejó trasformar en ariete de cuatro cuernos para coanover la bóveda y la cúpula del templo en lugar de sostenerla. Y la Francia de los cuatro cuernos ha